

# ¿JUNTAS O EN COMUNIDAD?

## EL DESAFÍO DE LA COMUNIDAD EN LA VIDA RELIGIOSA DE LAS MUJERES (IV)\*

Blanca de Asís

### Tener en común: lo que antecede

En una comunidad circular, inspirada (que no a la letra, obviamente) en el texto de Marcos comentado por Navarro, destacan dos aspectos sobre los demás: que Jesús se encuentra en el centro como la referencia básica para acceder a Dios y que esta centralidad crea equidistancia, equifonía y equipotencia para todos los que forman el círculo.

La centralidad física de Jesús era, sin duda, importante, pero cuando se escribe el evangelio de Marcos esta centralidad era ya espiritual y simbólica. Ese Jesús que convoca a la comunidad circular es Jesús resucitado. La comunidad, en círculo, que ya ha roto el modelo patriarcal familiar extrapolable a otros ámbitos, crea un vacío que recuerda mucho el vacío de la tumba. Parece haber algo más que una coincidencia y más que referencias mutuas. La tumba sin cuerpo físico, habitada, sin embargo, por un Jesús resucitado cuyo cuerpo está, pero no en las mismas coordenadas precedentes, es un detonante simbólico muy potente, gracias al cual se desata una cadena de transmisión, que comienza en las mujeres testigos y origina el movimiento comunitario que conocemos como comunidades cristianas primitivas. El vacío, que es lleno, aunque de otra manera, tiene su correlato en el silencio de las mujeres en Marcos, que es también grito y palabra de otra manera<sup>7</sup>. Lo peculiar es ese “de otra manera”. El cambio es expresado con los pobres medios que da la palabra, verbal y escrita, para articular aquello que sobrepasa lo habitual y conocido. La comunidad en círculo se caracteriza por el vacío que ocupa el centro. Es más, solo el vacío central configura con precisión el círculo. Este vacío está simbólicamente lleno. De lo lleno de sentido que se encuentre, sin que por ello deje de ser vacío, va a depender la significatividad de la circularidad, referida a cada uno de los individuos que lo componen y al todo, a la figura completa.

---

\* Este texto completa la serie de los publicados anteriormente en esta web ([www.desveladas.org](http://www.desveladas.org)) bajo el título “¿Juntas o en comunidad? El desafío de la comunidad en la vida religiosa de las mujeres” (I), (II) y (III).

<sup>7</sup> También aquí tengo que referirme a otra obra de la autora citada, donde estudia el sentido de la ausencia y el vacío en la escena de las mujeres que van a la tumba en el evangelio de Marcos. Véase Mercedes NAVARRO, *Morir de vida. Mc 16,1-8, aproximación psicológica a un texto* (Estella, EVD 2011).

La presencia de Jesús resucitado y del Dios que lo resucita toma la forma de la ausencia, del vacío. Un vacío lleno, porque no deja de ser una paradoja como todo lo relativo a la resurrección. Un vacío lleno, pero percibido como vacío. Una ausencia que es presencia, pero percibida como ausencia. Mientras la relación presencia-ausencia y vacío-lleño sea una paradoja y la tratemos como tal, estaremos pensando y actuando con los propios correctivos de la paradoja. En el momento en que percibamos estas relaciones como oposiciones y hagamos opción por uno de sus polos, estaremos anulando su fuerza y su sentido, estaríamos ocultando y negando su capacidad creativa y creadora de sentido.

La comunidad de la vida religiosa siempre encontrará una referencia fundamental en este modelo circular en el que Jesús plantea su identidad como algo que él, y nadie más, decide, y que afecta a cada elemento del círculo que es invitado a formar parte de ese grupo novedoso, haciéndose preguntas difíciles sobre sí, preguntas que, quiera o no, afectarán al resto, tanto si son respondidas como si no lo son; tanto si se las responde de una manera como si se hace de otra. La circularidad, además de crear lazos comunitarios en relación con el vacío central, hace consciente, a cada miembro del círculo, de los vínculos que le unen con el resto.

La circularidad no ha de entenderse como un modelo que haya de ser llevado a la práctica de forma literal. Es mucho más: es la referencia que no debemos perder de vista sea cual sea la forma comunitaria que adoptemos. El modelo circular dota de principios y categorías fundamentales. La equidistancia, la equifonía y la equipotencia son rasgos derivados de esta forma grupal. El vacío central, como un reclamo constante al sentido, es decisivo. Desafía constantemente las interpretaciones, las relativiza, pero las pide como condición para que el círculo no se convierta en un entorno cerrado, cómodo y autocomplaciente. En la historia postconciliar de la vida religiosa femenina hay experiencias que evocan la estructura comunitaria circular. Estoy segura de que ninguna ha dejado indiferente a las que la experimentaron. Existen, sin duda, pequeños núcleos que permanecen desde entonces. Sin embargo, en mi recuerdo predomina el fracaso de aquellas comunidades que, una vez vivida la euforia de los comienzos, no fueron capaces de experimentar el impacto del vacío central y murieron de “inanición” al cabo del tiempo. Es decir, murieron por falta de sentido, un sentido que debía expulsar al grupo fuera de sí, en lugar de mantenerlo centrado en sí mismo mirándose el ombligo y repitiendo lo mismo y del mismo modo. Cuando ha ocurrido algo semejante es porque el vacío central ha operado como espejo narcisista, como espejo abismal que atrae al grupo hacia sí mismo de manera mortal.

El vacío del círculo y el prefijo “equi” aplicado al lugar, la voz/palabra y el poder/capacidad son, en realidad, el vínculo. No solo remiten a él, sino que se

constituyen en el espacio vincular específico. Se puede sustituir el “equi” (=igual) por otro sufijo o dejar los términos sin él (que de por sí connota ya sentidos) y se puede sustituir el círculo (con su vacío central) por otra figura, por ejemplo la pirámide. No importa, porque esas sustituciones y cambios seguirán remitiendo al espacio vincular, ya sea por presencia, ya por ausencia. En el círculo comunitario, el vacío central y las relaciones igualitarias que se originan son el tipo concreto de vínculo, el *modo* de espacio vincular<sup>8</sup>, el “entre” que hace posible las relaciones y conexiones en la realidad viva, en la comunidad religiosa en nuestro caso.

La comunidad circular es un desafío teológico y político muy difícil. Cada miembro ha de crecer desde dentro de sí, y desde fuera de sí (impulsado por la misma comunidad). La comunidad, como un todo, ha de crecer, igualmente, desde sí misma y desde fuera de sí. He aquí el reto. El vacío central que permite que la comunidad sea un círculo vivo, retroalimentado y retroalimentador, es inquietante, no permite el estancamiento, azuza la creatividad y el ingenio, no evita los conflictos, pero dota a sus miembros de instrumentos suficientes para hacerles frente.

Esta comunidad circular al estilo de la comunidad de Marcos, con Jesús resucitado en el centro, ausente presencia, tiene en común todo el patrimonio humano y de fe que sea capaz de asumir. El centro es una invitación a ejercitar y actualizar la memoria activa, más allá de lo especular (aquello que suponemos refleja lo que somos). A la pregunta “quién soy” y “quién quiero ser o estoy llamada a ser”, subyace la evocación del patrimonio común del pasado. La propia espiritualidad fundacional, reelaborada y reinterpretada constantemente a partir de los desafíos de fuera y de dentro de la comunidad, es ya un patrimonio común a disposición de cada parte y a disposición del todo. Las experiencias de las antepasadas, de atrás hacia delante o de delante hacia atrás, son patrimonio común del que cada comunidad puede apropiarse. El vacío del centro es espacio y tiempo, a la par que desafío al espacio y tiempo. Cada comunidad sabrá qué quiere hacer con ese patrimonio, que es tan suyo como del resto de la humanidad. Este patrimonio, sin embargo, aunque al alcance de todas, es susceptible de ser manipulado y subordinado a intereses diversos. La comunidad circular ha de proporcionar correctivos, internos y externos, ante este riesgo, por otra parte, inevitable.

### **Poner en común: lo que precede**

---

<sup>8</sup> Una buena recopilación del estado actual de los estudios sobre este tema puede verse en Lynne McTAGGART, *El vínculo* (Málaga, Sirio 2011).

La equifonía, consecuencia de la circularidad, es una tácita afirmación y confirmación de la voz y lapalabra propias de cada miembro. Implica que cada uno tiene palabra, y tener palabra es complejo. Supone tener algo que decir. Pensamiento, vida propia, intimidad, historia, lazos... Algo propio y no solo apropiado para repetirlo al estilo de un loro, sin elaboración personal. Algo elaborado, por tanto, y singular. Es tener una palabra que ha pasado por toda la persona, una palabra “personalizada”, que adquiere entidad suficiente para colaborar en el crecimiento de la comunidad. Que puede invitar, sugerir, proponer, decidir... y también interrogar, espolear, sacudir, si llega el caso. Una palabra personalizada que impulsa la búsqueda continua del sentido. Poner en común esa palabra no equivale a compartir espontáneamente lo que en un momento de reunión “sale”. Esta palabra que se pone en común no siempre ha de ser ni necesariamente espontánea<sup>9</sup> ni privada. Más aún: requiere la privacidad e intimidad a la que nadie puede acceder ni puede pretender hacerlo, ya sea abierta o sutilmente. Solo es personalizada la palabra propia, responsable y libre, la que cada cual valora y se hace valorar, sin imponerse. La palabra personalizada no puede romper la circularidad y si lo hace ha de buscar la forma de restañar el daño. Es una palabra responsable.

Aunque, lógicamente, hay niveles de importancia, de profundidad y dimensiones diferentes en la puesta en común de cada una de las palabras personalizadas, la de cada cual, esto afecta en su medida a la cotidianidad, a lo diario y aparentemente irrelevante. El vacío del centro invita a construir lo que está por delante. En eso, en el futuro, siempre está quien nos precede. Y quien nos precede es, en primer lugar, Jesús resucitado que nos remite a Dios.

La precedencia que pertenece implícitamente al centro, al hueco, apela a la circularidad trinitaria. En los tratados clásicos de la Trinidad se habla de sus acciones “ad intra” y acciones “ad extra”. Si representamos la Trinidad circularmente aparece de inmediato el centro, el vacío. Esta doble dimensión interna y externa de lo que es y hace la Trinidad circular invita a pensar y elaborar una teología comunitaria apoyada en esta representación del Dios cristiano. La Trinidad también le precede. Ella es como un atractor hacia delante, hacia el futuro de la comunidad.

Tanto lo que antecede como lo que precede construye y reconstruye continuamente la comunidad. Esto significa que nunca está hecha del todo, que nunca puede darse por terminada, que es una realidad viva y, por lo tanto, en permanente construcción, al menos en muchos de sus aspectos.

---

<sup>9</sup> Espontaneidad y verdad no siempre coinciden. Espontaneidad y sinceridad no siempre son aconsejables.

## **Tener y poner en común circularmente**

La comunidad religiosa circular, que es consciente del inmenso patrimonio que tiene y de su capacidad para aumentarlo y reelaborarlo, es un grupo muy potente. Esta potencia es de cada cual y del conjunto. Ambos niveles se retroalimentan. Lo que permite esta dinámica de retroalimentación es el tipo de vínculo que se crea. No me refiero, en primer término, al vínculo afectivo que, siendo importante, no debería ser el primordial ni decisivo. La comunidad religiosa no se constituye sobre relaciones afectivas, como otros grupos y sociedades (“no nace de la carne y de la sangre”). Tampoco lo hace solo ni principalmente sobre la base de proyectos comunes que es preciso llevar adelante, pues cuando así sucede las consecuencias tienen un alto precio, aunque a estos proyectos lo llamemos misión. No hay que olvidar que la comunidad circular está convocada como comunidad de vida cuyo elemento propio es la misma fe. Ella conlleva la misión, pero la misión está condicionada a la fe, y esta, es siempre, lo queramos o no, fe inculturada. ¿Quién, sino la comunidad circular, con su palabra responsable, impelida por una realidad cambiante que llama, debe pensar y sopesar lo que en la práctica significa una fe inculturada que conforme el sentido y el modo de la misión?

Si hacemos referencia a los votos, cada uno de ellos, a la luz de una comunidad circular aparece con rasgos interesantes. Todos y cada uno de ellos ha de contribuir expresamente a crear y recrear la comunidad de iguales (aunque no sean semejantes). El vacío central es un desafío constante a cada voto y a su conjunto. Detenerse aquí, sin embargo, no es mi propósito.

## **La comunidad religiosa circular, de mujeres, y su impacto político**

La teología más clásica de la vida religiosa se asienta, entre otros, sobre el pilar de la profecía, al menos, con mucha más consciencia desde el Vaticano II. No es un fundamento exclusivo de esta forma de vida, pero le es consustancial. El campo semántico relativo a la profecía (verbos, sustantivos, adjetivos...) ha ido disminuyendo paulatinamente del vocabulario habitual, oral y escrito, de la vida religiosa. Es innegable que hay un considerable desgaste. También es innegable que la alusión a la profecía es siempre un estímulo y un riesgo para cada congregación y para la institución eclesial. La condición profética de la vida religiosa, no obstante, ha estado centrada en la denuncia y anuncio *ad extra*, más que *ad intra* debido, tal vez, a la misma misión, sobre todo cuando esta misión abraza a los más pobres y excluidos de la tierra y forma parte de las causas más difíciles y controvertidas. Ha sido temida por la iglesia y por el mundo. En ambos lados ha resultado incómoda, aunque tal vez insuficientemente.

Se ha abusado mucho del término profecía. Hemos abusado nosotras mismas, las religiosas, y han abusado personas que ni siquiera se consideran creyentes, pues el término ha salido del campo semántico de la teología y del lenguaje religioso para expandirse y emigrar a otros. Se ha llamado profecía a casi todo. Se han calificado de proféticas realidades que distaban mucho de serlo. El desgaste de los términos, como suele ocurrir, ha afectado a los contenidos. El abuso denotativo ha empobrecido su connotación. Esto vuelve difícil su recuperación. Difícil, pero de todo punto necesaria.

La recuperación de lo profético reclama la vuelta a las raíces, a los fundamentos, esto es, a la Biblia. En los profetas y profetisas y en Jesús y su herencia podemos volver a anclar los términos y sus principales contenidos. No es mi cometido realizar aquí esta tarea, más propia de especialistas en la Biblia. No obstante, he de volver a los textos bíblicos para no perder de vista la fundamentación y sopesar los elementos con posibilidades de inculturación.

Un primer elemento que necesitamos recuperar es el impacto político de la profecía bíblica. La profecía es, de hecho, política. Por eso, incluso cuando su objetivo es sacudir al pueblo, como hacían la mayoría de los profetas de la Biblia Hebrea y el mismo Jesús en relación con el judaísmo de su tiempo, la onda expansiva suele saltar fronteras y llegar lejos. A Jesús, no hay que olvidarlo, le condenan las autoridades religiosas y las autoridades políticas civiles; los evangelios registran dos juicios separados y, al final, concordantes en la sentencia. Las autoridades religiosas formulan dicha sentencia en unos términos, y las civiles, en otros, pero en ambas el trasfondo político es patente.

En la segunda mitad del siglo XX y en lo que llevamos de siglo, la vida religiosa ha sido conocida y reconocida por el impacto de su profecía interna y externa relativa, sobre todo, a la justicia y los derechos humanos, individuales y de los pueblos. Esta afirmación es suficientemente conocida y reconocida, de modo que no es preciso que me extienda en ella. Solo quiero señalar un importante matiz: se conoce y reconoce más el impacto profético y político de los religiosos que el de las religiosas. Este dato tiene una doble lectura. Por un lado, manifiesta la invisibilidad de las mujeres también en la realidad profética de la vida religiosa femenina y, por otro, apunta a la amenaza percibida por ella, algo que late en el trasfondo de tal invisibilidad.

En lo que al tema de la comunidad se refiere, el impacto profético y político de las religiosas, además de ser individual a través de mujeres concretas, es básicamente comunitario, grupal. Una iglesia y una sociedad que relacionan a las mujeres con los vínculos (afectivos) y que las percibe como colectividades van a reconocer poco el impacto de sus nombres propios y tenderán a reducir el impacto de sus comunidades. Que las mujeres vivan en comunidad suena a lo cotidiano y habitual; es como decir, en otro ámbito de la vida, que viven en

familia. ¿Por qué va a ser un hecho destacable, cuando lo cotidiano y esperable es que vivan en familia, por la familia y para ella? ¿Qué podría tener de particular trasladar esta percepción al área de lo religioso y espiritual? Las religiosas, además, se ocupan, a escala media, de lo que se ocupan, a escala pequeña, las mujeres en sus familias: del cuidado, la educación, la salud y el apoyo de los otros. Esto, a partir de un punto determinado de nuestra historia reciente, se extiende a grupos y asociaciones de mujeres y mixtas, como las ONGs. Las comunidades monásticas, por su parte, se ocupan a tiempo pleno de las tareas espirituales, todas ellas orientadas a las mismas realidades de las que se ocupan las comunidades de vida activa apostólica. ¿Dónde, pues, reside lo profético cuando todo ha sido tan perfectamente asimilado por el patriarcado eclesial y el social? ¿Es posible, realmente, hablar de la comunidad religiosa de mujeres en un sentido profético real, tomando como base la profecía bíblica y su inseparable dimensión política? ¿Debe permanecer en este estadio la influencia profética en su modalidad de género, o ha de salir y buscar otras formas de impacto?

Es necesario que las religiosas tengamos mucha más conciencia de la potencialidad profética de nuestras comunidades, saliendo de los tópicos que la obstaculizan. Si nosotras mismas no percibimos su poder, su capacidad anunciadora y denunciadora, desde fuera será más difícil (aunque no imposible) que lo aprecien. La conciencia, por tanto, es fundamental.

Es preciso, también, que las comunidades en las que vivimos y las que podemos crear sean tan circulares e igualitarias como se pueda (y se puede mucho). Los profetas no piden permiso para realizar sus signos. Interpretan lo que creen que D\*s les pide y sobre esa interpretación buscan el mejor modo de expresarlo para crear impacto, para dar que pensar y remover conciencias, para adelantarse a las posibles consecuencias de un futuro determinado por las decisiones que se tomen. Es un reto muy interesante. Las comunidades religiosas de mujeres pueden crear una circularidad en la que se manifiesten la equidistancia, la equifonía y la equipotencia de cada miembro y del conjunto. El solo hecho de vivirlo es ya anuncio y denuncia, es una puerta al futuro y un espacio de inspiración y de esperanza. Mostrar los frutos y las consecuencias es fácil porque la estructura afecta a la cotidianidad. Además, debemos contarlos, narrarlos como algo a la vez normal y extraordinario, como punto de referencia sobre modos de ser y de hacer alternativos.

La consecuencia de mayor impacto político, dentro y fuera de los ámbitos eclesiales, será sin duda el cambio en la obediencia y, por ello, en la estructura. Las fronteras entre obediencia y desobediencia (al uso) se harán fluidas y la aparente ambigüedad no podrá menos que crear tensión y nerviosismo en quienes perciban lo inminente: que nadie puede controlar lo que

está habitado por la Ruah de D\*s, como los profetas, como Jesús, pase lo que pase y cueste lo que cueste. La libertad que surge de una comunidad de estas características no deja de ser inquietante. Tampoco lo es la autonomía. La comunidad circular de las mujeres que es consciente de su condición profética y la actualiza en lo concreto es un punto crítico esté donde esté. Es autocrítico, porque en el horizonte se encuentra siempre con la necesidad de restaurar vínculos, de vivir en red, de sostener la comunión. Es un punto heterocrítico, porque todo ello, responsablemente discernido, llevará irremediablemente a experimentar esas aparentes contradicciones que manifiestan algunas páginas de los evangelios sinópticos en sus capítulos apocalípticos, cuando el Reino de Dios, en Jesús y por él, parezca separar lo que supuestamente debe estar unido (la madre y la hija, la que está en el molino y la que anda en otras tareas, la que se queda y la que es llevada...). Estas aparentes contradicciones se encuentran en las consecuencias de las acciones de los grandes profetas de la Biblia Hebrea.

¿Por qué ha de ser profética, con impacto político, una comunidad circular igualitaria de religiosas en nuestro mundo? Es obvio: porque es un punto rojo, una alarma encendida en el blanco del patriarcado. Las religiosas que viven en comunidad, poniendo en común, en circularidad igualitaria, “obedeciendo a Dios antes que a los hombres”, pueden ser tremendamente molestas al sistema. Son una crítica ambulante y permanente. Comunidad de iguales, pero en la diversidad de las diferencias. Comunidad de iguales, no como una realidad dada (carne y sangre), sino como resultado de una opción y un compromiso libres. Comunidad de iguales espoleadas continuamente por el vacío que ocupa el centro de la propia circularidad y no permite el estancamiento ni la falsa seguridad de estar en la verdad o saber de ella...

Esta comunidad puede vivir en cualquier lugar. Allí donde esté se notará su presencia. A lo mejor ni siquiera es necesario realizar ninguna acción especial. O puede que sí. Dependerá de muchos factores. Lo seguro es que su presencia no pasará inadvertida, sino que atraerá la atención y, con ello, no presupongo la aceptación (tampoco el rechazo): las consecuencias de su impacto quedan abiertas a diferentes posibilidades.

No hay que olvidar que cada comunidad de estas características actualiza un pasado imponente. La fidelidad a ese pasado, que es patrimonio común a disposición de la humanidad, permite un arraigo desarraigado en cada lugar donde estén y decidan vivir estas comunidades. La fidelidad echa el ancla en la historia, sea cual sea dicho lugar.

## **COTIDIANIDAD**



Circularidad trinitaria, igualdad evangélica, profecía de impacto político... La historia narra intentos encomiables en los que prevalecen algunos o varios de estos principios. En las constituciones y reglamentos de vida de la mayoría de las órdenes y congregaciones, monásticas y de vida apostólica, encontraremos principios rectores que tienen que ver con estos grandes pilares que, suponemos, anclan y cimentan la vida en comunidad de las mujeres. La cotidianidad, sin embargo, parece dar al traste con los principios, alejándolos de la vida real. Los dejamos en la utopía, resignadas ante el peso de las pequeñas cosas diarias. Es cierto: no podríamos vivir sin utopía. Contar con la utopía es un tesoro. Una utopía, sin embargo, que, en lugar de atraer, desanime cada vez que la cotidianidad intente mirarse en ella o, simplemente, mirarla a ella no vale la pena.

¿Podríamos superar los escollos de la realidad, sin recurrir a su negación, sin falsas espiritualidades ni artificios que disminuyan el valor y la profundidad de la propia condición humana? Dicho de otra forma: ¿hay posibilidad de llevar a cabo este proyecto, sin que exija supermujeres? ¿Hay posibilidad de vivir los *mínimos* que nos mantengan enganchadas a los *máximos*, dentro de las coordenadas normales de la realidad?

El artículo mencionado de Magdalena de Bingen\* sobre la categoría teológica de la cotidianidad me ha animado a pensar seriamente en actualizar, con los medios y recursos a nuestro alcance, lo que otras mujeres de otras épocas y en contextos sociales y teológicos distintos ya vivieron o, cuando menos, lo intentaron con todas sus fuerzas.

La categoría teológica de la cotidianidad reclama los recursos a nuestro alcance que a menudo provienen de la experiencia atrapada por alguna de las ciencias humanas en boga y devuelta en instrumentos reciclados de gran valor. Uno de ellos es el principio de la cooperación, con un correctivo interno imprescindible, al que debemos añadir la reciprocidad y el turno. Asociado a la cooperación está el principio del cambio y su balance con la estabilidad o la permanencia.

## **Cooperación e interdependencia**

---

\* “La pregunta sobre D\*s y la cotidianidad como categoría teológica”, de Magdalena de Bingen, publicado en [www.desveladas.org](http://www.desveladas.org)

Enlace al texto: [http://www.desveladas.org/archivos/pidolapalabra\\_art7.pdf](http://www.desveladas.org/archivos/pidolapalabra_art7.pdf)

Dicen modernos estudios, que provienen de campos tan dispares como la sociología, la biología, la física cuántica, o la psicología, que la vida sería imposible sin el principio básico de la cooperación. Hay un desmentido, cada vez más y mejor cimentado, al famoso principio evolucionista de que el pez grande se come al pequeño y de que sobreviven los mejores a costa de los más frágiles. Esta teoría, que tanto daño ha hecho, anima a un tipo de convivencia en la naturaleza y en la vida humana en la que vivir es sobrevivir (a otros, a condiciones, a situaciones), y sobrevivir es, la más de las veces, competir. Dicha teoría pretende asentarse en estudios de la naturaleza. Sabemos ya, a estas alturas, que dichos estudios son parciales y que una visión más global e interrelacionada proporciona una teoría, mejor dicho muchas, alejadas de este principio violento y devastador. No estoy abogando por una naturaleza y una humanidad rosa y romántica, pero tampoco adopto la metáfora patriarcal de la competición y la guerra a toda costa que subyace a la mayoría de los estudios, los experimentos y las teorías de tantos siglos hasta hoy.

En este momento, aunque no sea aceptado por todos los y las científicas, se pone cada vez más en entredicho el llamado “gen egoísta”. Como decíamos, la ciencia no se ha librado ni antes ni ahora de los prejuicios, de las teorías previas y la subjetividad formulada en creencias que pueden ser desbaratadas y sustituidas por otras. Las ideas expresadas por la corriente evolucionista obedecen a una mentalidad machista y patriarcal. Hay otra percepción de las cosas que, a su vez, se expresa en formulaciones de rigor científico y que afirma que la vida se genera, se mantiene y evoluciona gracias a la cooperación: cooperación hacia dentro, cooperación hacia fuera. Esta cooperación es selectiva, sin duda, pero tanto la selección de los vínculos, como la misma supervivencia, cambian de color si cambiamos su marco de interpretación, de lectura. La vida se genera y se sostiene sobre la cooperación, la retroalimentación, que es una forma de reciprocidad, sobre los vínculos. Estos procesos están interrelacionados. La retroalimentación con el entorno, por ejemplo, no puede subsistir más que sobre la base de la cooperación.

En contra de los principios que han guiado buena parte de la ciencia, podemos aducir el de la profecía autocumplida. Cuando afirmamos que una realidad es de una determinada manera, hacemos que esa realidad se conforme a lo que afirmamos (o nos convencemos de ello hasta creer que es así). Cambiar las afirmaciones afectará, afecta ya de hecho, a la realidad, a las teorías de las que nos valemos, a los marcos en los que integramos esas teorías.

Este axioma de la cooperación, contra los supuestos principios egoístas y crueles que rigen la vida no es más que un instrumento reciclado, resultado de haber atrapado la realidad cotidiana. Nadie puede sobrevivir sin retroalimentación, sin la cooperación de millones de factores, desde el aire, el

alimento, las relaciones, el horario, los servicios... Desde que nos levantamos hasta que nos acostamos vivimos sumergidas en un ambiente de cooperación. La realidad física, la realidad natural, la realidad humana, es ella misma agente y producto, contemporáneamente, de la cooperación. Se trata de algo tan imprescindible e invisible como el aire, que no se aprecia hasta que falta o se enrarece.

La cooperación, a su vez, toma la forma de la interdependencia. Tanto la cooperación, como la interdependencia, se fundan en la relación (de muy diversa manera y en diversas dimensiones) de elementos, digamos, “individuales”, preparados para la interacción. No los átomos, autosuficientes y aislados (algo, por cierto, inexistente), sino los elementos individuales que poseen ese “entre” virtual o real que es y hemos llamado el vínculo, la conexión. Podemos probar su existencia observando en el microscopio la composición física de las moléculas, de los átomos, o los principios aún más ínfimos de la materia, orgánica o inorgánica, de la que se ocupa la física cuántica. Hoy nadie osaría cuestionar este principio.

A escala “macro” también se percibe a un primer golpe de vista. Basta con que pasemos diez minutos siguiendo el desarrollo de la Bolsa. Los cambios, las fluctuaciones, la estabilidad son producto y agente de la interdependencia y de la cooperación, en este caso bajo la forma de la comunicación o, mejor, del flujo de la información. Las repercusiones se producen a pequeña y a gran escala.

No estoy evaluando resultados ni emitiendo juicios. Solo describo lo que cualquiera puede observar por sí en cualquier momento y a su alrededor. Nadie puede pretender escapar de la dinámica de la interdependencia y la cooperación, ya sea para bien o para mal. Son principios inscritos en los niveles básicos de la vida que se expanden hasta los niveles más elevados y sofisticados de la realidad. Estos principios enunciados, los marcos y las teorías, afectan profundamente a la idea que tenemos sobre la vida. La respuesta a qué es la vida depende de los supuestos sobre su generación, su pervivencia y su finitud. Estas preguntas apuntan, de modo directo, a la teología. Teología de la vida. Dios de la vida. Vida y D\*s. Creación, vida, muerte, Resurrección, transformación. En muchos axiomas de la teología clásica, incluso la que se apoya en la Biblia, subyace una representación, una metáfora, de tensión, de lucha, con un vocabulario de guerra: “La muerte ha sido vencida por la vida”, “¿dónde está, muerte tu aguijón?”, “el aguijón de la muerte es el pecado”. ¿Qué sucedería si buscáramos en la Biblia metáforas y representaciones de la relación entre la vida y la muerte, entre la luz y las sombras, entre el bien y el mal, entre la Divinidad y la humanidad basadas en la cooperación, la continuidad, los cambios y la transformación?

La comunidad de la vida religiosa de las mujeres es una oportunidad de hacer patente lo latente, de mostrar esta dinámica en su nivel más básico, y en el espiritual y teológico, como posibilidad de construir un mundo mejor. Estos materiales de ensamblaje son los más aptos para su objetivo. Si esto es así, la cotidianidad no puede constituir un obstáculo. Por el contrario, la cotidianidad es el único suelo posible sobre el que se puede asentar la dinámica de la cooperación y la interdependencia, consciente y libre, para la propia y ajena realización. Imaginemos estos elementos como instrumentos volátiles e invisibles que el *spray* de la realidad cotidiana puede fijar y mostrar a todos los que deseen verlo.

La comunidad religiosa se organiza sobre el principio de la cooperación. No de cualquier manera, sino asumida libremente, por motivos evangélicos a través del color del carisma y, según lo previamente descrito, en circularidad igualitaria. ¿Cómo podría esta comunidad apuntar hacia la Resurrección, hacia el Reinado de D\*s, mediante un marco teórico y unas representaciones y metáforas que pusieran el acento en la dinámica vivificante y transformadora, la que trasciende esta realidad a base de sumergirse en ella con una actitud diferente a la que hemos adoptado hasta ahora?

### **Correctivos internos**

Todas las congregaciones, asociaciones, proyectos... conocen la experiencia entusiasta de sus comienzos, que recalca al poco tiempo en una realidad que, a veces, poco tiene que ver con la impronta original. Los sociólogos del siglo pasado lo llamaron “rutinización del carisma”. Lo que en el lenguaje de esta ciencia era una fórmula que contenía una descripción no tardó en ser interpretado como una prescripción. Todo proyecto carismático pasaba irremediabilmente por este momento, decían los intérpretes de turno. Lo cierto es que esta dinámica no siempre se cumplía ni los proyectos se degradaban del mismo modo. Incluso hubo algunos que fueron “asesinados”, dada la salud de que gozaban y la envidia o la desazón que despertaban.

Hoy contamos con numerosos experimentos que iluminan las líneas dinámicas que hacen posible la pervivencia de un proyecto entusiasta. Esto no significa que la pervivencia tenga que ser equivalente a reproducción exacta de lo pasado, a lo largo del tiempo, una tentación a la que solemos llamar restauracionista, conservadora, regresiva; una tentación que intenta, en vano, escapar a los cambios, como si el tiempo pudiera en verdad detenerse. La pervivencia incluye el cambio, propio del vivir, propio de la retroalimentación. Los correctivos tienen que ser dinámicas cotidianas para que sean eficaces y permitan la vida en su natural discurrir. Lo que han captado y devuelto los

especialistas es la reciprocidad en la cooperación o, como otros gustan en llamar, el “turnarnos”.

Estos dos correctivos se llevan a cabo sobre la base de principios importantes como la justicia, la generosidad y la responsabilidad. Lo más curioso de los numerosos experimentos realizados ha sido comprobar que ninguno de estos principios ha sido promovido expresamente desde fuera. Ante determinadas circunstancias brotan de dentro, en lo “micro” y en lo “macro”. Forman parte de la persona individual, de un pueblo, una nación, un colectivo, una multitud... El sentido de la justicia es muy fuerte. En la evolución humana aparece como un estadio superior, producto de milenios en los que el sentido o el significado, en la práctica concreta, ha ido cambiando. Hoy este sentido de la justicia puede promover la generosidad y alcanzar niveles admirables de altruismo que causan gran placer a quien lo practica. O, por el contrario, este sentido de la justicia puede derivar en prácticas vengativas de máxima crueldad que, cuando se interpretan como castigo por un daño sufrido amainan el dolor de la propia herida. Basta con recordar el satisfactorio sentimiento de “deber cumplido” y de justicia que sentía la multitud ante la ejecución pública de los delincuentes en diversos momentos de nuestra historia, algo sumamente similar a lo que se observa en las personas de aquellos estados que admiten la pena de muerte.

Es observable la disminución del entusiasmo cuando transcurre un tiempo a partir del inicio estimulante de un proyecto asumido como valioso. Es observable el desgaste que produce en la vida cotidiana la generosidad que llevó a los o las pioneras a asumir más tareas de las que podían. Es observable, también, que este desgaste provoca reacciones y situaciones distintas en quienes han asumido el liderazgo y en quienes han seguido a las líderes en el proyecto. La circularidad no se libra de esta dinámica y, si cabe, es más proclive a ella porque los recursos cotidianos, los correctivos internos, no se conocen lo suficiente y, a veces, hasta se desprecian, o se ignoran hasta el punto de reconvertir el formato circular del proyecto en formato piramidal.

Lo primero que se observa es la presencia de “parásitos” o, en el mejor de los casos, el temor a ellos. Un sistema circular dinamizado o liderado más tiempo del debido por las mismas personas se presta a que las personas parásitas aparezcan, se despierten o se activen<sup>10</sup>, a que se sitúen cómodamente en él sin asumir tareas que, con el tiempo, acaban desgastando. Esta dinámica obedece a una relación, pues si las personas dinamizadoras no permanecieran más tiempo del debido, tampoco habría lugar para las personas virtual o realmente parásitas.

---

<sup>10</sup> En principio, esto no es un juicio de valor. Tal vez todas las personas llevemos dentro principios “parásitos” que se despiertan y se activan cuando encuentran el ambiente adecuado. Proponer el turnarnos como correctivo implica prevenir el caldo de cultivo para la emergencia parasitaria.

Las condiciones grupales son, a la postre, resultado de muchos factores, la mayoría de ellos provenientes de las propias personas que forman el grupo, o la comunidad e institución en nuestro caso. Es preciso establecer turnos consensuados. Medir los tiempos sobre la base de la realidad, medir el grado de satisfacción en la ejecución de dichas tareas en relación con las capacidades y disposiciones. Es preciso generar un clima de confianza sobre unos mínimos y aprender a manejar las diferencias en función no solo de las dinámicas internas, sino de las tareas y los objetivos exteriores. Si hoy tú te quedas dentro, es porque mañana te toca salir fuera. Y viceversa. El sentido interno de lo justo se mide en la reciprocidad. Y la generosidad, sobre todo la generosidad, ha de establecerse sobre el principio inviolable de la reciprocidad. Cuando la generosidad no genera reciprocidad, hay que sospechar inmediatamente. La generosidad no conoce límites... siempre que genere esa reciprocidad en lo que se llama al menos “tres grados de distancia”. Por ejemplo, alguien de la comunidad es generosa con otro miembro quien, a su vez, lo es con otra persona ajena a la comunidad, la cual, a su vez, lo es con otra a quien la primera que comenzó la cadena no conoce ni es probable que llegue a conocer. Este efecto, que siempre acaba volviendo al punto de partida desde personas y lugares impensables, retroalimenta la generosidad recíproca. Este efecto es, por su propia dinámica, multiplicador, contrario a la cultura de la escasez, mal llamada, la mayor parte de las veces, austeridad y, en nuestros contextos, pobreza. La vida es contraria al principio de la pobreza. Esto tendría que ser cuidadosamente tratado en la teología de la pobreza de la vida consagrada.

La generosidad y la justicia han de ir de la mano. La segunda es premisa para la primera, pero no siempre. La generosidad puede ser el inicio de la superación de la mera justicia en un “toma y daca”. Pero la primera nunca ha de impedir que la justicia brille, pues si eso tuviera lugar, la generosidad se convertiría en el comienzo de una relación desigual, de superior a inferior, de más a menos...; una relación jerarquizada y, por ello, ajena al espíritu del evangelio (Jesús es sanador y exorcista y capacita a sus amigos y seguidores para que sean lo uno y lo otro, como él).

En la comunidad circular los turnos han de ser posibles en todos los órdenes: en el poder, en la gestión, en la palabra, la relación, la espiritualidad... Cada comunidad ha de ver cómo lo gestiona, qué necesita, de quiénes, cómo y cuándo.

La práctica indica que en agrupaciones grandes (por ejemplo, una provincia en relación con las comunidades) es preciso operar con la superordinación (estructuras que, sin dejar de ser totalidades recíprocas, se contienen unas a otras, como la mano contiene los dedos, y no es mano sin dedos lo mismo que los

dedos no son sin la mano). Este principio requeriría un mayor y detenido tratamiento que aquí solo quiero mencionar.

En este punto del tema la comunidad tiene ya que abrirse a los numerosos principios teológicos que contiene en sí misma, pero se relacionan directa e indirectamente con los votos religiosos y con la llamada misión. Cuando estén tratados será preciso volver sobre la comunidad a fin de que ella ilumine los votos y estos amplíen las posibilidades de lo comunitario. Siempre, en un contexto de mujeres. No sé si sería igual en un contexto de hombres. Son ellos quienes tendrían que decirlo, en todo caso.